

VOLVER A LA CASA PRIMERA

EVA HIBERNIA

*When I came home: on the abyss
of the five senses...*

William Blake.

*Aquella resistencia a ceder,
pero esa voluntad de un gran abrazo.*

Clarice Lispector.

A mis muertos, esta flor sin tiempo.

Un hombre, su conciencia, su alma-cuerpo, su desprenderse, su tránsito, su vuelo.

¿Dónde he puesto las manos? No las encuentro. Deberían estar sujetando el volante. Me muevo. El viento silva en mis oídos, las ventanillas están bajadas y el bosque se cuele poco a poco con gritos y graznidos y berreas. Los machos buscan a las hembras en celo. Soy un ciervo buscando a María. Es verdad, hui del hospital a media noche, encendí la radio y el locutor dijo “pip, pip, piiiip”, doce veces dijo “campana”, muy lento, y luego dieron las noticias. No hay que creer todo lo que dicen en las noticias, pero aun así la dejé puesta.

Debes haber vuelto a la casa primera, bajo los pinos, allí donde cantabas joven, desnuda y feliz. ¿Cuál es el camino? Todo es niebla que se desenrolla como una larga, larga curva. María, tú te fuiste primero. Has salido de la vida por una puerta que desconozco. Te envolvieron en papel de plata y yo no pude hacer nada. Grité, ¿grité?, el grito me reventaba, los pulmones, este grito lleno de mi oxígeno, si te hubieran dado mi oxígeno, mi grito, María, seguirías en la vida, pero yo he de encontrarte y que te pongas de nuevo

en pie, bajo los pinos, sí, debes haber encontrado un camino hasta la casa primera. Tengo el instinto y la carretera obedece, se eleva y rueda hasta ti, rodaré hasta estamparme contra tu cuerpo desnudo, bailando, feliz, como nuestra primera vez. Tengo el instinto de buscar a mi mujer, aunque la carretera sea de agua. Lo dijeron en las noticias, el río Aorta se ha desbordado, los pueblos se sumergen, son arrastrados por la fuerza de las torrenteras, el lodo llama al barro y las vasijas se deshacen. María, tengo nostalgia de tus manos, tus manos cuenco que me dan de beber. Hace calor. Dijeron que me meterían en una cámara frigorífica, pero hace calor. Hierve. Hierve la niebla y me deshace, como un terrón de hombre en una marmita de leche. Este sabor del que estoy lleno es el tuyo, quiero decirlo, pero no encuentro mi lengua. En la lengua está la memoria de todas las cosas. Eso lo han dicho por la radio. Yo pensaba que iban a hablar de ti, María, de si la policía había encontrado tu bolso entre los pinos, quizás un zapato. Tengo el miedo de los zapatos perdidos entre las ramas muertas. Aún sigue conmigo, el miedo de aquella vez, nunca se me ha ido en todos estos años. El miedo de la chica que encontraron en la pinada, el miedo de que aquellos zapatos fuesen los tuyos, el miedo de que tus pasos te hubiesen alejado de mí. La policía me llamó y yo conduje como esta noche, loco de un grito tan lleno de tu nombre que me hace daño, conduje saltándome todas las señales. Pero después, tras una curva, estabas tú, ahí, esperándome en el puente. Con un vestido tan suave como la niebla. Me cogiste de la mano, bailamos. Y luego vinieron los hijos, las alegrías y también las preocupaciones, claro, el tiempo era lo que nos pasó, el sabor de los días tan lleno, tan pleno que no cabe en la boca, como el grito que es labio contra labio, lengua contra lengua. En la radio ponen nuestra canción, ¿escuchas?, como si me dieran un premio. No hay que creer todos los premios que le dan a uno. Por ejemplo, las manos. Me las dieron hace tiempo. Tanto que siempre han estado ahí. ¿Y ahora? ¿Con qué conduzco? Sin duda el bosque es este olor que entra por la ventanilla, esta tierra exasperada por la lluvia, este pelaje agrio, esta resina que chorrea por mi garganta. Los pinos, los pinos, los pinos. El locutor dijo doce veces “los pinos”, hasta llenarme la cabeza con sus sombras altísimas. Los siento alzarse como grandes falos de misericordia, y tu sombra también ahí, caliente y rubia entre lo umbrío. Ya estoy cerca de la casa primera, donde fue nuestra primera vez. Remontaré esta carretera hasta nuestra primera vez.

¿Quién habla polvo al polvo, cenizas a las cenizas en la radio? Apartad la luz de neón sobre mi cabeza. Alguien injerta en mi lengua haces de formol, ya no tengo piel, sino un sudario de plata. No voy a creer en sus provocaciones. Lo hacen para que me salga de

la ruta. Sin duda esta carretera es la buena. Aplasto peces con las ruedas, pero qué le vamos hacer, el olor a podrido es algo así como la mentira, hay que resignarse. Las pequeñas traiciones son un peaje inevitable. Nuestros hijos también nos han traicionado, ¿sabes María? No llores, no les quedó otro remedio. Lo exigieron por la radio ¡traicionen a sus padres! Pero está bien, su traición es un peso liviano, un precio ridículo a cambio de seguir con sus vidas. Aquella vez tuve tanto miedo de que fueran tus zapatos los de aquella chica, conduje como loco, la radio como ahora, un grito, y la niebla como ahora, pero era tu vestido la niebla y me abrazaste contenta, todo ha sido un malentendido, dijiste, y la policía me cerró los ojos, en la curva, sobreviviremos a todo esto, me dijiste, y tuvimos hijos, tres, como tú querías, y alegrías y preocupaciones, como todo el mundo. El tiempo era lo que nos pasó. Y los hijos nos han traicionado porque su deber es seguir, no tuvieron otro remedio que dejar que nos envolvieran en papel de plata y jugarse a los dados la triste materia de nuestros recuerdos, muebles, fotografías. Peor hubiese sido si la muchacha aquella hubieras sido tú, no habrían nacido y, entonces, hubiésemos sido nosotros sus traidores. Aplasto peces y sus huevas y su olor en la boca, el grito es lo contrario a la resignación. La resignación tiene la forma de nuestros hijos, su estatura, su peinado, sus hombros hundidos. Allá ellos con sus vidas. Yo soy un ciervo que sabe encontrar a su hembra. María, aquella vez me esperaste en el puente y volvimos a nacer en el cuerpo del otro, en el amor, porque el amor es más fuerte que el rostro de la aniquilación. Aunque nunca me quité el miedo de ese día, el miedo de las ramas muertas y tus zapatos. Pero qué me importó que el policía me cerrase los ojos en la curva. Yo sé lo que es la resurrección, la inventamos una vez puedo inventarla dos. Solo necesito encontrarte. Estoy seguro de que has salido por la puerta sin oxígeno hasta llegar a la casa primera. Sin duda la carretera es tu rastro, aunque me enrede de algas tan blancas como jirones de niebla. En la madrugada la niebla asciende por los pinos. Las ramas de los pinos la elevan, como una ofrenda. Siempre quisiste que viéramos amanecer desde un lugar solo nuestro. Lo busco en los mapas, pero no sé dónde he puesto los ojos. Me han envuelto en papel de plata, como un pez. Nuestros hijos nos han traicionado porque llegamos a ser viejos, lo logramos, el tiempo es lo que nos pasó, es lo contrario de aquella vez, todo el mundo tiene una vez donde las cosas se tuercen, tuve tanto miedo, la policía me llamó y les dije que sí, que aquel lugar era nuestra casa primera, aunque ahora nos habíamos mudado a la ciudad. Y aquellos zapatos se parecían a los tuyos. Conduje como un loco. Pero tú estabas esperándome en el puente y lo logramos.

Si lo hicimos una vez lo puedo hacer dos y esta noche, mientras la enfermera me bajaba los párpados, me subí al coche y me puse a conducir. El parking estaba oscuro, me costó encontrar el coche. Al lado había tres charcos: uno de sangre, otro de orines, otro de lágrimas. Un celador se apoyaba en la columna que sostenía todo aquel edificio. Mascaba chicle mientras lanzaba una pelota de beisbol al aire y la cazaba con su guante monstruoso. Tenía la cara de un bulldog, los mofletes temblaban cada vez que atrapaba la pelota. Usted es un mantón vestido de blanco, le acusé. El tipo soltó una carcajada, se encogió de hombros, ladró una frase que me reventó los tímpanos. ¡Salta si puedes!, me desafió. Tres charcos y sus olas de sangre, meados y sal. La plata con la que me habían envuelto no me dejaba respirar y no tenía muy claro si las piernas seguían allí. Imaginé tu mano acariciando mis muslos, y salté. Salto. Soy un ciervo que sabe más que la sangre el pis el llanto terroso, enfermo, maloliente. Soy un animal capaz de encontrar a su hembra. Y llego al asiento, enciendo la radio, sigo el rastro, doce veces “los pinos”, y luego las noticias, no hay que creerlas, pero tampoco se puede vivir de espaldas porque entonces pierdes la entrada al mundo. Estoy saliendo del mundo, pero estoy entrando a un mundo, María, como entro en tu cuerpo para salir del mío en el amor, María, tu vestido de novia aquella tarde en que nos casamos era tan blanco y ahora está hecho jirones de niebla en esta carretera la piel, es la piel, la carretera es la piel de un animal que no conozco. El bosque me ensañará el lenguaje de los machos que aúllan por sus hembras, te prometo que la lengua se me volverá tu nombre puro, sin la mancha de lo humano.

En la radio se obstinan por cazarme, escucha, han lanzado el parte meteorológico. ¿Soy la tormenta? ¿Eres tú la niebla? Empiezo en ti y acabas en mí, me estoy fundiendo con el bosque, pero ya no tengo miedo. Ni un resquicio. Estoy en la curva. Levántame los párpados de nuevo. El tiempo será lo que nos pasó. Noto cómo ya no puedo manejar el volante de las palabras, gira solo, derrapa en la luz que es grito, pero no suelto el habla, María, porque escarbo lo imposible y si sigo hablando ya estoy en la casa primera y tú estarás-estás allí, aquí, vestida de fiesta, descalza sobre las agujas de los pinos, fresca como una mañana de mayo, animal tan joven que aún no perdió el Edén, mi grito se está vaciando, no sé dónde habitaremos si pierdo el lenguaje casa, lenguaje cuerpo, lenguaje oxígeno, lenguaje amor; mi grito está casi agotado, pero aún tengo el sabor de nuestra historia, terco, la semilla que arrojé al rostro de la aniquilación.